

Figuroa, Lidia Elisa

La muerte en la visión de Séneca

XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España"

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Figuroa, Lidia Elisa. "La muerte en la visión de Séneca." Ponencia presentada en las XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España." Instituto de Estudios Grecolatinos "Prof. F. Novoa", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2005. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/muerte-vision-seneca.pdf>>.

Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

Figuerola, Lidia Elisa
DNI 4.954.624
Jujuy 3056 Dto.2° – 2000-Rosario
lidiaelisa2000@yahoo.com
Universidad Nacional de Rosario
Texto griego. Fuente Sgreek.

LA MUERTE EN LA VISION DE SENECA

“Los más fluctúan miserablemente
entre el miedo a la muerte y
los tormentos de la vida
y ni quieren vivir,
ni saben morir
Séneca, Ep. IV, 5.

Al introducirme en un tema como la muerte, mi pretensión fue buscar elementos suficientes como para despejar parte del gran temor que ella trae.

Para ello me baso en *Cartas Morales* de Séneca, escritas en los últimos años de su vida, probablemente del 63 al 65, dirigidas a su amigo Lucilio, donde encontramos nueve cartas referidas puntualmente a la muerte.

Brevemente veamos qué nos ha dejado la literatura, anterior a Séneca, sobre el conocimiento de la muerte y el temor ante ella.

En Homero

En *Ilíada*, Aquiles sabe que morirá y dócilmente acepta su destino. En *Odisea*, cuando Aquiles se encuentra en el Hades, donde residen los muertos, privados de sentido y siendo imágenes de quienes fueron, ya no acepta tan fácilmente su nueva morada y se lamenta.

Homero nos presenta a los muertos entre la existencia y la no existencia, las almas están representadas como sombras, es decir tienen una existencia diferente, en un mundo distinto, el de los muertos. De allí que la muerte en Homero, no sea temida.

En Platón

Platón en *Apología* 29a-b, le hace decir a Sócrates “¿Qué es, jueces, temer a la muerte, sino atribuirse un saber que no se tiene? ¿No es imaginarse que se sabe aquello que se ignora? Porque finalmente, nadie sabe qué es la muerte, ni si ella es para el hombre, tal vez, el mayor de los bienes. Y a pesar de ello se le teme, como si se supiese que ella es el mayor de los males”. En 42a, dice Sócrates: “Más he aquí el momento de irnos, yo para morir, ustedes para vivir. Mi suerte y la de ustedes ¿cuál es la mejor? Nadie lo sabe, salvo la divinidad”.

Pero en *Fedón* 67b-d y 68b, Platón escribe: “Se da el nombre de muerte al desligamiento y separación del alma con el cuerpo... el desligar el alma es la aspiración máxima,

constante y propia de los que filosofan... y la ocupación de los filósofos estriba precisamente en eso mismo, en el desligamiento y separación del alma y del cuerpo, entonces por qué un hombre que se ha preparado durante su vida a vivir en un estado lo más cercano posible al de la muerte, se irrite luego cuando ella llega?... los que filosofan en el recto sentido de la palabra, se ejercitan en morir y son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos”.

En *Fedón*, 80c encontramos: “Como sabemos, el hombre está compuesto de dos realidades, una visible, el cuerpo y otra invisible, el alma y cuando muere un hombre, su parte visible, cuerpo, va a un lugar visible, la tumba y su parte invisible, el alma, va a otro lugar...”

En ambos textos, el tema de discusión es la muerte. Platón escribe su *Apología* unos diez años antes que *Fedón*, tal vez por eso en este último está explicitada su opinión sobre el tema. En *Apología* la muerte se presenta como un acontecimiento que todos los hombres saben que llegará y después de ella, ningún mortal sabe qué puede encontrar. En 39c y 42a, vemos a Sócrates razonando en torno a una alternativa, o tras la muerte no hay nada, o bien hay otra vida. Si no hay nada, sería como un sueño placentero y si hay otra vida, como por ejemplo la descrita por Homero, tendrá entonces la oportunidad de encontrarse con personas importantes y donde tal vez podría seguir practicando su tarea de interpelar. En ambos casos, el resultado será un bien. La reflexión que hace Sócrates al final de la obra sobre cuál es la mejor suerte, si la de sus amigos, que van a seguir viviendo, o la de él, que va a morir y dice: “nadie lo sabe, salvo la divinidad”, es propia de él, pues la frase más conocida de Sócrates es “solo sé que nada sé”.

En *Fedón* -como dije- el significado que Platón da a la muerte es claro. Dice expresamente que es la separación del alma con el cuerpo, por lo cual el alma tiene existencia propia. No me voy a referir a la trasmigración de las almas, pues el presente trabajo llega hasta el instante de la separación del alma del cuerpo, doctrina que viene de antiguo y a la que adhiero. Creo que para Platón, nacimiento y muerte se realizarían en un ritmo de llegar a ser y dejar de ser, idéntico al ritmo de unión y disolución y una nueva unión entre alma y cuerpo. El cuerpo como fenómeno de los sentidos representa lo pasajero de las apariencias, en cambio el alma es lo que permanece. De allí que Platón haga decir a Sócrates que “los que filosofan se ejercitan en morir”. Entonces la muerte, sería un nuevo despertar del alma.

Pero este ejercitarse en morir ¿qué significa? Para mí quiere decir que por medio de la filosofía podremos despertarnos del engaño de los sentidos para ingresar en el otro mundo de “allá arriba, el mundo de los dioses”. De esta manera la muerte en Platón, tendría un aspecto negativo, la destrucción del ambiente existencial del cuerpo, pero también un aspecto positivo, el despertar del alma a su propia vida.

Vemos pues, que en Homero, la muerte se aceptaba como algo natural señalada por el destino. En Platón, en cambio, parecería que se debiera querer la muerte porque de esa forma el alma va a lo divino, inmortal y sabio, libre de temores y demás males humanos.

En Epicuro

El pensar de Platón se apoya en lo trascendente, en cambio en Epicuro encontramos la confianza en el conocimiento de lo empírico, esto es la absoluta inmanencia y abolición de lo inmaterial.

En su *Carta a Meneceo* 124,8 dice: “Acostúmbrate a creer que la muerte no es nada para nosotros puesto que todo bien y todo mal reside en la sensación y la muerte es privación de la sensación. De aquí que el recto conocimiento de que la muerte no es nada para nosotros hace gozosa la condición mortal de la vida, no por añadirle un tiempo ilimitado, sino por suprimirle el deseo de inmortalidad...” y en 125,8 agrega “Entonces, el más horripilante de los males, la muerte, no es nada para nosotros, porque cuando nosotros existimos, la muerte no está presente, y cuando la muerte se hace presente, nosotros no existimos”.

De aquí podemos extraer su doctrina, que se apoya en una ética del buen vivir, por lo que la podemos llamarla doctrina del viviente. Para Epicuro, el alma es material y por lo tanto no inmortal, el placer es un bien, el sumo bien, que como él mismo dice, está amenazado por tres peligros: 1) miedo a los dioses; 2) miedo a la muerte y 3) miedo a la eternidad.

Ante el miedo a los dioses, Epicuro dice que si los dioses existen, no tienen nada que ver con nosotros, ya que la realidad es sin misterio, es inmanente, entonces ¿por qué temer? Esto no significa que Epicuro niegue la existencia de los dioses, sino que entre ellos y nosotros no hay relación alguna. Respecto a la muerte dice que cuando existe, nosotros no existimos, entonces ¿por qué temer? Sobre la eternidad, si existe, el tiempo ha sido abolido, entonces ¿por qué temer? Si el cuerpo pudiese experimentar goces infinitos -dice Epicuro- necesitaría de la eternidad, pero el placer no se mide con relación al tiempo, sino por el goce que le procura. El límite del placer es la ausencia del dolor y el conocimiento de ese límite nos hace ver que el placer no aumenta más allá de la ausencia del dolor.

Para Epicuro una vida feliz es el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección, por lo que la felicidad es una conquista racional sobre los males y esta conquista solo será posible si vivimos con **fronsij**.

Por las cartas de Séneca vemos que adhiere al pensamiento de que nuestro temor a la muerte es debido a que no hemos reflexionado lo suficiente sobre nuestra existencia. Ya en la carta IV dice “ningún mal es grande si es el último” y más adelante agrega “te digo que desde que naciste eres llevado a la muerte”. Si bien Séneca pertenecía a la escuela estoica, conoce en profundidad la escuela de Epicuro, de ahí que permanente lo nombre y recoja alguna de

sus enseñanzas. En carta XXVI Séneca escribe: “Epicuro dice: medita en la muerte y yo agrego magnífica cosa es aprender a morir”.

Pasemos ahora a considerar de qué manera podemos comprender la muerte.

Comprensión de la muerte

J.Escobar Triana, escribe: “La muerte es un inevitable hecho biológico en el cual cesa toda actividad vital y todo lo que nace muere, aunque la muerte es del individuo y perdura la especie” (1). Lo que sobrevive, entonces, sin morir, es la herencia genética.

No obstante, creo que aquí sería preciso hacer una diferenciación convincente entre la vida humana (**biój**) y la solamente biológica (**zwh**), pues hoy la muerte es un fenómeno que va mucho más allá de la cuestión biológica, ya que tanto el principio como el fin de la vida del hombre es una de las cuestiones éticas más discutidas. Prueba de esto lo vemos en los Congresos de Médicos, donde son invitados a participar especialistas en otras ramas, más aún, en los Comités de Bioética -por ejemplo- se requiere la presencia de filósofos, antropólogos, abogados y sacerdotes.

El tema de la diferenciación entre la vida puramente biológica y la humana también ha sido preocupación en la antigüedad, como ser cuando se hablaba sobre lo específico de la esencia humana, es decir cuándo se elevaba la **biój** sobre el nivel de **zwh**/Las soluciones se daban fundamentalmente en relación con las creencias religiosas. Por ejemplo en la escolástica, respondían sobre el plazo del alma intelectual diciendo: “el embrión de un niño era animado después de cuarenta días y el de una niña después de ochenta días y los católicos modernos hablan de cuarenta y ocho horas después del engendramiento” (2).

La misma preocupación está presente en lo que se refiere a la muerte, cuando se tiene, por ejemplo, un cerebro muerto en un cuerpo viviente. Si bien pueden encontrarse algunas normas específicas sobre esta temática, no obstante laten urgentes preguntas aún sin poder ser contestadas.

El sentido de la muerte

El principio de nuestra vida lo conocemos a través del otro. Otros hablan de mi nacimiento. El fin de nuestra vida, la muerte, otros serán quienes la mencionen. Otros hablarán de mi muerte. Nacemos en una familia, la nuestra, en una ciudad, la nuestra, estamos rodeados de personas que sentimos nuestras y en cualquier instante, que sabemos llegará, todo queda disuelto. Tal vez sea ese uno de los motivos por lo que la muerte se ha convertido en algo temido, porque la idea de separación de los seres amados es lo que trae infinita tristeza. De allí la importancia de que en los últimos momentos del moribundo, pueda éste estar rodeado de sus seres queridos.

La muerte me pertenece, es mía, pero la muerte, a pesar de ser un acontecimiento individual, único, intransferible, se convierte en un hecho social.

P.Ariès (3) menciona las diferencias que se han dado a través del tiempo respecto a como se tomaba la muerte, y surge el tema de que la muerte no deja de ser una cuestión social, aunque con algunas modificaciones a través del tiempo y en los distintos lugares, pero en general, los ritos eran los mismos y lo rescatable y fundamental -desde mi punto de vista- es que se moría en compañía, no sólo de su familia, sino de amigos y conocidos. Es a partir del Siglo XIV, cuando surge el tema de la muerte personal, donde, nos dice P.Ariès, un agonizante no está seguro de que lo dejen morir, pues la ciencia se empeña en prolongar su vida.

El tema de la muerte personal surge, como habíamos comentado, a partir del Siglo XIV, pero se acentúa mucho más a principios del Siglo XIX, donde la ciencia toma sobre sí la decisión de prolongar la “vida” de los enfermos, que en muchos casos son enfermos terminales.

R.M.Rilke llama a la muerte impersonal muerte pequeña, en contraposición con la muerte grande, madurada, propia, la que hace al hombre hombre, por encima de los animales. En su “Libro de horas” escribe:

*Da, Señor, a cada cual su propia muerte,
el morir que sale de cada vida,
donde el hombre tuvo amor, sentido y pena.*

“La gran muerte de R.M.Rilke es pensar que la muerte del hombre no sea un simple suceso, sino algo ante lo cual el hombre permanece como sujeto. Rilke pide tener una muerte personal, propia” (4).

Sobre Rilke nos dice M.Blanchot que él se esfuerza por abrirse a esa mayor dimensión de sí mismo, que no debe excluir aquello en que se convierte al morir y agrega “el poeta mira de frente lo que llama el espanto, fuerza que nos *sobrepasa*, y que no reconocemos, por eso hay que acercarla a nosotros, volverla próxima a nosotros, hacernos en ella próximos. *Sobreponerse* quiere decir sobrepasar, pero sosteniendo lo que nos sobrepasa” (5).

Martin Heidegger

Sobre el temor ante la muerte, M.Heidegger lo relaciona con la angustia ante el estar-en-el-mundo, pues ciertamente la muerte determina este estar-en-el-mundo y pertenece a él. La angustia o la huída de la muerte se caracteriza por un conocimiento de que somos finitos. Veamos esto un poco más.

La muerte como límite constitutivo del Dasein

¿Por qué si estoy hablando de la muerte, hablo ahora del Dasein? Porque el Dasein, dice M.Heidegger, es el único que la comprende y puede hablar de ella.

¿A qué llama M.Heidegger Dasein? Nos dice R.Vasconi “El ente sobre el que se abre la investigación y al que Heidegger llama Dasein (trad.Gaos: “ser-ahí”) somos nosotros mismos. Esto implica que este ente es un quien y no un que. Entregado a su propia responsabilidad es su propio ser lo que en cada caso le incumbe, porque para el Dasein “ser” (sein) es “tener que ser” (Zu sein)” (6).

M.Heidegger relaciona a la muerte con la angustia y hace una diferenciación entre miedo y angustia diciendo que “en la angustia no comparece nada determinado que, como amenazante, pudiera tener una condición respectiva. Por consiguiente, la angustia tampoco “ve” un determinado “aquí” o “allí” desde el que pudiera acercarse lo amenazante. El antequé de la angustia se caracteriza por el hecho de que lo amenazante no está *en ninguna parte*. La angustia “no sabe” qué es aquello ante lo que se angustia. Pero *en ninguna parte* no significa simplemente “nada”, sino que implica la zona en cuanto tal, la aperturidad del mundo en cuanto tal para el estar-en esencialmente espacial. Lo amenazante ya está en el “Ahí” -y, sin embargo, en ninguna parte; está tan cerca que oprime y le corta a uno el aliento-. Aquello ante lo cual la angustia se angustia es el estar-en-el-mundo mismo. El angustiarse abre originaria y directamente el mundo en cuanto mundo” (7). Sigue diciendo M.Heidegger que “la angustia revela en el Dasein el *estar vuelto hacia* el más propio poder-ser, es decir revela su *ser libre para* la libertad de escogerse y tomarse a sí mismo entre manos. La angustia lleva al Dasein ante su *ser libre para...* la propiedad de su ser en cuanto la posibilidad que él es desde siempre” (8).

En el párrafo 47 de su obra, M.Heidegger nos aclara que “el Dasein puede lograr, ya que él es por esencia un coestar con los otros, una experiencia de la muerte. En el morir de los otros se puede experimentar ese extraño fenómeno de ser que cabe definir como la conversión de un ente desde el modo de ser del Dasein (o de la vida) a la del no existir-más. El *fin* del ente *qua* Dasein es el *comienzo* de este ente *qua* mero estar-ahí. Lo meramente presente es “más” que una cosa material *sin vida*. En él comparece un *no-viviente* que ha perdido la vida. El “difunto” (der Verstorbene) que, a diferencia del “muerto”, le ha sido arrebatado a sus “deudos”, es objeto de una particular “ocupación” en la forma de las honras fúnebres, de las exequias, del culto a las tumbas. Y esto ocurre porque el difunto, en su modo de ser, es “algo más” que un mero útil a la mano, objeto de posible ocupación en el mundo circundante. Al acompañarlo en el duelo recordatorio, los deudos *están con él* en un modo de la solicitud reverenciante. Por eso la relación de ser para con los muertos tampoco debe concebirse como un estar *ocupado* con entes a la mano” (9).

“El morir debe asumirlo cada Dasein por sí mismo. La muerte, en la medida en que ella “es”, es por esencia cada vez la mía. En el morir se echa de ver que la muerte se constituye ontológicamente por medio del ser-cada-vez-mío y de la existencia. El morir no es un inci-

dente, sino un fenómeno solo existencialmente comprensible, y esto en un sentido especialísimo” (10).

Aclara M.Heidegger “los caracteres fundamentales del ser del Dasein se expresan así: 1) en el anticiparse-a-sí... la existencia; 2) en el estar-ya-en... la facticidad y 3) en el estar en medio de...la caída. La muerte, es decir el estar vuelto hacia el fin, deberá dejarse determinar a partir de estos caracteres, si es verdad que ella pertenece al ser del Dasein en un sentido eminente. En el fenómeno de la muerte se revelan la existencia, la facticidad y la caída del Dasein. La muerte es una *inminencia* (Bevorstand). La muerte es una posibilidad de ser de la que el Dasein mismo tiene que hacerse cargo cada vez. En la muerte, el Dasein mismo en su poder-ser más propio, es *inminente* para sí. Su muerte es la posibilidad del no-poder-existir-más. La muerte es la posibilidad de la radical imposibilidad de existir. La muerte se revela así como la posibilidad más propia, irrespectiva e insuperable y como tal ella es una inmanencia *sobresaliente*. Esta posibilidad más propia no se la procura el Dasein ulterior, sino que si el Dasein existe, ya está arrojado también en esta posibilidad. La condición de *arrojado* en la muerte se le hace patente en la forma más originaria y penetrante en la disposición afectiva de la angustia. La angustia ante la muerte es angustia “ante” el más propio, irrespectivo e insuperable poder-ser. El “ante qué” de esta angustia es el estar-en-el-mundo mismo. El “por qué” de esta angustia es el poder-ser radical del Dasein.

La angustia ante la muerte no debe confundirse con el temor a dejar de vivir, porque aquella es una disposición afectiva fundamental del Dasein, la apertura al hecho de que el Dasein existe como un arrojado *estar vuelto hacia su fin*” (11).

En el “estar vuelto hacia” la muerte, el Dasein se comporta en relación a si mismo, en tanto que eminente poder-ser. Pero vemos que esto es lo que angustia al Dasein. Entonces ¿cómo se protege a si mismo? Refugiándose en el uno (das Man), uno que es nadie. Este uno envuelve al Dasein en la cotidianidad y entonces hablamos de la muerte diciendo “se muere” y entendemos a la muerte como algo que ha de llegar alguna vez, convirtiéndose de esta forma en algo no amenazante. Por eso dice M.Heidegger “este uno justifica y acrecienta la tentación de encubrir el más propio estar vuelto hacia la muerte. El cotidiano estar vuelto hacia la muerte es, en tanto que cadente, un continuo *huir ante ella*” (12). “La cotidianidad cadente del Dasein conoce la certeza empírica de la muerte y aún así esquiva el *estar cierto*” (13).

¿Qué esquiva el Dasein? Precisamente que la muerte debe ser comprendida como su posibilidad más propia. La muerte en cuanto posible es una posibilidad de ser del Dasein. Por eso dice M.Heidegger “es importante que en el estar vuelto hacia la muerte, ésta deba ser comprendida como posibilidad, interpretada como posibilidad y sobrellevada como posibilidad” (14).

Consuelo ante la muerte

El temor a la muerte está presente en todos los hombres, pero ¿cuál es el temor? ¿Se la teme por desconocida? ¿Se la teme por egoísmo al pensar que tenemos que dejar nuestros afectos, nuestras posesiones? ¿Por qué se la trata de disimular? Digo esto porque, por ejemplo, frente a los enfermos terminales se habla en voz baja, no se menciona la enfermedad y el casi seguro desenlace, es más, se trata de ocultarla y queda todo como un secreto a voces.

En la muerte, hay ausencia de poder, pero ¿de qué poder? El poder para enfrentarla. Ante la muerte de un allegado, nos sentimos impotentes, nos quedamos en silencio, inmobilizados. Todos los sentimientos posibles en un ser humano se agolpan en nuestro interior como queriendo hablar todos juntos. Sin embargo, tratamos de ahogar esas voces y solo dejamos emerger el sentimiento de piedad hacia los deudos, si nos unen afectos a la familia del muerto y piedad hacia nosotros mismos, si fuimos quienes hemos perdido a un ser querido.

Sobre la ayuda para sobrellevar la pérdida de un ser amado, quiero mencionar un libro de la doctora E.Kübler-Ross, *La muerte un amanecer*. Médica originaria de Suiza, pero que desde hace más de veinte años reside en Estados Unidos, trabajando en distintos hospitales y universidades, donde goza de una gran reputación en el campo de la tanatología.

Para esta doctora, el hecho de preocuparse por la muerte no significa una evasión ante la vida, sino todo lo contrario. La integración de la idea de la muerte en el pensamiento de los hombres, les permite erigir sus vidas de acuerdo con propuestas más conscientes, más meditadas, alertándolos sobre el uso que hacen de ella, no derrochando demasiado tiempo en cosas sin importancia.

Para la doctora Kübler-Ross la muerte no es el fin, sino más bien un “radiante comienzo”. Sobre la postura de esta doctora, tal vez habría que decir que este tipo de literatura nos lleva a pensar en los escritos llamados “libros de consolación”, tema que trato seguidamente.

Si contemplamos la muerte desde una visión religiosa, aparece la aceptación “con resignación”, que creo esconde nuestro dolor.

Si la contemplamos desde la creencia en la teoría de la reencarnación, trae consuelo dicha creencia, pues se está convencido de que el hombre muere muchas veces, por lo que el acontecimiento no sería temido, ya que esta teoría encierra la idea del continuo progreso a través de las innumerables reencarnaciones.

P.Ariès menciona que a principios del Siglo XIX en Norteamérica, se comienzan a editar gran cantidad de libros llamados “de consolación”, escritos por personas que han tenido la experiencia de una muerte muy cercana y que luego el espíritu del difunto se les ha aparecido y ha referido experiencias de su nueva vida. Estas publicaciones ayudaron a que el pen-

samiento de la comunicación con los muertos comenzara a afianzarse y a tomarse como posible. Comienza por ese entonces a tomar auge el espiritismo.

Por lo presentado hasta aquí se puede advertir la cuestión ética que envuelve esas reflexiones.

Conclusión

Aunque el consuelo para los deudos, por diferentes caminos siempre llega, mi propuesta es pensar la muerte como parte de la vida.

Séneca en la carta XXX dice: “No quiso vivir quien no quiere morir. Porque se nos da la vida con la condición de la muerte y a ella nos lleva”.

La comprensión de la muerte se basa en una comprensión general de la existencia humana y ésta está marcada por la comprensión de nuestra finitud. Si alcanzamos esa comprensión, con toda seguridad nuestra manera de vivir cambiará.

Si llegamos a entender la vida, no solo como un fenómeno natural, sino como la actividad humana permanente, donde actuamos, donde hacemos historia a cada minuto, llegaremos a poder vivir en la **fronhsij** y nuestra vida será digna, entonces, la muerte, siendo parte de ella, no será temida.

Como creo que aún no hemos asumido la inmanencia de la muerte en la vida, debemos trabajar sobre ello “ya”, que es nuestro presente, este espacio que es imperativo que aborremos a fin de penetrarlo y encontrarnos con lo que verdaderamente somos. Ese espacio, donde el ser mora, donde se pone en operación la verdad del ente, ese espacio iluminado donde el ente está él mismo oculto, esperando ser desocultado. En ese espacio es donde debemos adentrarnos para descubrir que allí reside una verdad. ¿Cuál verdad? La verdad de la vida junto a la muerte, pues para mi, ambas, vida y muerte tienen una misma madre: **a) hqeia** que surge cuando el hombre se encuentra con lo divino.

NOTAS

(1) Escobar Triana, J., *El morir como ejercicio final del derecho a una vida digna*, pág.41, Ed.El Bosque, Santa Fe de Bogotá, Colombia, 1998.

(2) Thielicke, H., *Vivir la muerte*, pág.15, Trad.Xavier Moli, Ed.Herder S.A., Barcelona, 1984.

(3) Ariès, P., *El hombre ante la muerte*, Trad.M.Armino, Ed.Taurus, Madrid, 1999.

(4) Thielicke, H., op.cit., pág.68.

(5) Blanchot, M., *El espacio literario*, pág.111, Trad.Vicky Palant y Jorge Jinkis, Ed.Piados, Bs.As., 2da.ed., 1992.

(6) Vasconi, R., *Perspectivas, Una introducción a la Antropología Filosófica*, pág.36, U.N.R., 1992.

(7) Heidegger, M., *Ser y Tiempo*, pág.208-9, Trad.J.E.Rivera, Ed.Universitaria, Chile, 1997.

(8) Ibid., pág.210.

(9) Ibid., pág.259.

(10) Ibid., pág.261.

(11) Ibid., pág.270.

(12) Ibid., pág.273.

(13) Ibid., pág.277.

(14) Ibid., pág.281.